

## Treinta días en Albania

M<sup>a</sup> EUGENIA MIGUÉLEZ RAMOS

¿ALBANIA? Eso suena hacia el Este ¿no?... Yo misma he de reconocer que tuve que pedir ayuda al atlas para poder localizar la posición que en el mundo ocupa este país, del que apenas recordaba más referencia que la larga lista de capitales estudiada en su día en la escuela: Albania, capital Tirana.

Este pequeño país, de extensión similar a la de Extremadura, frontera de Grecia y de la agonizante Yugoslavia, vive a pocos kilómetros de mar Adriático de su vecina Italia, hacia la que extiende sus costas, sus esperanzas y sus antenas de televisión.

Los veteranos, que ya repetían viaje, nos definían Albania en dos palabras: el caos. Pronto pudimos comprobarlo nosotros mismos. Víctima durante décadas del despotismo y las alucinaciones de un dictador comunista, cuyo nombre no recuerdo y tampoco considero merecedor de permanecer en la memoria de nadie, Albania ha vivido en el mayor aislamiento político y económico, del que empieza a emerger desde hace apenas cuatro años. Su población es una amalgama de culturas y religiones de difícil cohesión, mayoría de católicos en el Norte, de musulmanes en el centro y de ortodoxos al Sur. Los conflictos que esta situación origina fueron atajados prohibiendo radicalmente toda manifestación religiosa y Albania se convirtió en el primer país ateo del mundo. La represión y el miedo atan manos, tapan bocas y cierran mentes hacia la tolerancia y la convivencia, hacia la organización, el acuerdo y la iniciativa. Así, Albania consigue ahora abrir su concha y asomar la cabeza, pero sólo puede ver un futuro sin rumbo en una Europa que la ignora por completo. Es un país sin normas, sin estructuras, en el que «todo puede pasar», nada tiene horarios, todo tiene un precio; el comercio es sinónimo de mercado negro y el futuro una hoja en blanco. Sobre todo al regresar, me di cuenta de que, en toda Europa, Albania es un país fantasma (excepto para Italia, para quien es una molestia); que no posee embajadas ni representaciones; al que no llega un telegrama; que no existe en los ordenadores de telefónica; que nunca encabeza, como le corresponde por orden alfabético, los listados de países europeos.

Hoy, son dos los elementos del paisaje albanés que se yerguen como símbolos y que llaman estrepitosamente la atención del viajero que les visita por primera vez. El primero de ellos es el bunker, horrible hongo de hormigón que se multiplica a miles a lo largo de toda la geografía del país, fruto de la obsesión de un dirigente por protegerse contra el espejismo de un exterior adverso y amenazante. Es imposible recorrer

dos kilómetros sin que alguno de estos ridículos champiñones, dentro de la ciudad, en el campo o incluso debajo del agua, nos recuerde la extrema rigidez y presión con la que ha vivido este pueblo durante más de cincuenta años.

En contrapartida, y con la misma facilidad de reproducción, miles de antenas parabólicas florecen en las fachadas de los cuadrículados bloques de viviendas asomando con arrogancia sus grandes platos de colores a ventanas y terrazas de todo el país. El ansia por comunicarse con el exterior, por saber de fuera, ... por ser Europa, lleva a la familia albanesa a priorizar el televisor sobre muchas otras cosas de las que carecen y que serían a nuestro juicio, y sólo al nuestro, mucho más importantes.

El mismo interés es el que les mueve a estudiar todos los idiomas posibles. Porque Albania, el Tercer Mundo en Europa, no sólo es un país con necesidades o en vías de desarrollo; además de su pobreza, tiene la cultura suficiente para conocer la posición en la que se encuentra. Es un pueblo pesimista y desmoralizado, con una juventud (mucho de ella universitaria) muy desesperada, viviendo en una contradicción que a mí me costó mucho asimilar. Ellos se sienten europeos y piensan como tales, pero su nivel de vida no alcanza al peor de los jóvenes de cualquier país de occidente.

Los trabajos allí realizados, las clases de italiano, de español, de inglés o de alemán, o las actividades organizadas con niños y jóvenes en los pueblos de la zona tienen su gran importancia, pero creo que no son más que vías para llevar a cabo la verdadera labor, mucho más simple que todas ellas, que es la sola presencia; convivir, escuchar y admirar a un pueblo que busca su necesidad más elemental: existir.

Me alegra saber que, cuando acabes de leer este texto, Albania empezará a existir para alguien más.



Miles de antenas parabólicas florecen en las ventanas de Albania



### Observación de Horgren

*Entre los economistas, el mundo real con frecuencia es un caso especial*